

De vuelta a la “banalidad del mal”: reflexiones en torno a *Charlie Hebdo*¹

Ivone Gebara

Cuando en 1963 Hannah Arendt publica el libro *Eichmann en Jerusalén* y aborda la cuestión de la “banalidad del mal” a partir del juicio del nazi Adolf Eichmann, muchos intelectuales y lectores encontraron su reflexión carente de sentido. De hecho, mucho antes de la publicación del libro, cuando sus textos eran artículos periodísticos publicados en *The New Yorker*, despertaron gran polémica y controversia. Consideraron una falta de respeto hablar de la “banalidad del mal” ante el criminal exterminio de tantos judíos. Eichmann, en realidad, era un hombre banal, cumplidor de su deber, que no dudó en seguir cumpliéndolo en los campos de exterminio, obedeciendo órdenes. Los lectores no entendieron a Hannah y hoy seguimos tan ignorantes como antes en lo relativo a la expresión “banalidad del mal” y a los acontecimientos actuales. Arendt simplemente quería reafirmar que hacer el mal es responsabilidad del ser humano y que no hay fuerzas superiores o una naturaleza diabólica que nos obliguen a quitar vidas, a robar, a adueñarnos de lo que no nos pertenece y a juzgarnos superiores unos a otros. La banalidad del mal consiste en las acciones destructivas de la vida, en lo que vivimos y observamos en la superficie visible de la historia. Se muestra a través de una cadena de relaciones y decisiones, de micro-poderes que acaban tornándose macro-poderes y fuerzas de aniquilación. La banalidad del mal es la alienación frente a las órdenes fundamentalistas, sean de derechas, de centro o de izquierdas. La banalidad del mal es nuestra vida cotidiana llena de odio hacia cosas pequeñas y grandes.

Hoy, siguiendo en la medida de lo posible los incidentes en torno a la revista satírica *Charlie Hebdo* y las muchas manifestaciones a propósito de la masacre, me vinieron a la mente algunas reflexiones inspiradas en Hannah Arendt. No solo es preciso reafirmar la “banalidad del mal”, sino afirmar cierto modo de defenderse contra el mal también como un mal. Librarse del mal con mal, librarse de la intransigencia religiosa dogmática mediante la intransigencia humorística y política, librarse de la culpa mediante la afirmación del derecho a la libertad de prensa, continuar

¹ El texto original, en portugués, fue publicado el 22 de enero de 2015 en Adital:
<http://site.adital.com.br/site/noticia.php?lang=PT&cod=83804>

desarrollando prejuicios en relación a los “diferentes” nos coloca de nuevo en el dualismo entre inocentes y culpables. Y de nuevo nos encontramos en un callejón sin salida, acusándonos siempre unos a otros, siempre buscando enemigos y dando la mano, aparentemente, a los que se muestran como defensores de la democracia.

El “ojo por ojo” que vivimos hoy significa restaurar la ley de la barbarie, significa la regresión colectiva y cualitativa de nuestra humanidad. Sabemos bien que, aunque hay diferentes responsabilidades y grados de complicidad, no hay inocentes ni culpables puros. Estamos inmersos en la trivialización del mal a través de los medios de comunicación, y en la banalización de la violencia. En otros términos, la prensa que llega al gran público actúa y convence a partir de dualismos: el bueno y el malo, el culpable y el inocente, el ciudadano de bien y el mal ciudadano o el marginal, el camorrista, y así sucesivamente. Se sabe ya de antemano quién será condenado. El telediario nos conduce a lo bondadoso y a lo malvado y nos invita a hacer justicia con nuestras propias manos. No precisamos pensar, ni hacemos preguntas, ni sospechamos de la veracidad de las informaciones. Con eso se acentúa la maldad aparente, inmediata, que apunta al culpable o a los culpables y los acusa de terroristas, de criminales o de traidores a la patria. No hay análisis crítico, no hay una historia más amplia que deba ser considerada, no hay responsabilidades colectivas para sopesar y tener en cuenta. Hannah Arendt explicaba que la banalización del mal era algo que iba más allá de la consideración del mal como esencial al ser humano, algo que podría explicarse a partir de la mala idiosincrasia de los seres humanos o de una naturaleza perversa o corrompida. Decía ella que el mal era algo cometido en la superficie de los hechos a través de los mecanismos y de las relaciones que nos imponemos unos a otros. Es el mal de la arbitrariedad, en que cada uno hace su ley según sus intereses y comete atrocidades y crímenes con consecuencias históricas grandiosas, tanto cercanas como remotas. Es el mal de la obediencia ciega, donde la disculpa es reina y donde se afirma inocentemente “lo hice porque me lo mandaron”. La voluntad del sujeto se vuelve sumisa a la voluntad de los otros, a las órdenes de una máquina sin nombre capaz de exterminar muchos nombres. Los totalitarismos de nuestro tiempo disfrazados de democracia parecen ser los más peligrosos. Crean redes de complicidades que no se muestran claramente, sin explicar las razones de sus propuestas y de sus actos, sin dar cuenta de sus iniciativas y de su finalidad. Sin duda, algo dicen en ese silencio elegido. Por ejemplo, dicen defender la

democracia. Pero ¿cuál? Proclaman el derecho ¿de quién? Hablan de libertad, fraternidad e igualdad. Pero ¿a quién pertenecen estas y cómo las vivimos hoy?

Todo esto es demasiado vasto, como el “vasto mundo” de Fernando Pessoa. Por eso quiero pensar un poco en las cosas pequeñas. Pienso en las esposas, en las madres, en los hijos e hijas y en las tensas relaciones entre los diferentes países como consecuencia de lo hecho por los que ejecutaron los asesinatos en París. Pienso en los prejuicios que crecen y en las iras oscuras que mantienen unos contra otros. Pero al final, ¿quién mató a quién? ¿Cuántas son las víctimas? Sin duda hubo más muertos y heridos que los contabilizados por los periódicos y por los sistemas internacionales de Inteligencia. Hubo mucha gente implicada en los juegos de poder y contra-poder, no solo el día de la tragedia, sino también antes. Sin embargo, esto escapa de la emoción momentánea, de los ruidos de bombas necesarios para la prensa. Para los allegados, los de la familia, expresiones como “defensa de la libertad de prensa” nada significan cuando el cuerpo amado está inerte, cuando el hijo de mis entrañas acaba de ser asesinado, cuando la palabra “padre” ya no podrá ser pronunciada por los que fueron hijos e hijas. Este dolor se olvida muchas veces, o se recuerda solo cuando puede producir un “efecto” de sensacionalismo periodístico. Pero para quien se queda y pierde lazos de amistad, de filiación, de complicidad afectiva no hay categorías claras que expresen el doloroso vacío que los/as habita. Y sabemos que ese dolor es el primer dolor dentro del corazón del mundo.

Los “campos de exterminio” de la Segunda Guerra mundial todavía provocan escalofríos en muchos de nosotros y aún hay muchos que escriben y hacen cine sobre ellos. Sin embargo, los sufrimientos actuales nacidos de una vieja y larga espiral de violencia, las muertes de seres queridos, el hambre epidémica, la violencia cotidiana vivida, lejos de convertirse en historia, son inconmensurables. Desconocemos su intensidad y su variedad. Destrozan tanto o más que la bala que eliminó vidas. Abren heridas cuya sangre difícilmente es detenida de inmediato, dejan marcas indelebles en aquellos cuya historia actual está marcada por el asesinato mutuo, por la fuga en masa, por el azote del miedo en muchas caras. Tanto el agresor juzgado como el agredido tienen relaciones cercanas y estas se ven transformadas violentamente. Los muchos “pedazos de mí” que se van “más allá del bien y del mal”, que no pueden ser mediatizados y polemizados, que no escuchan ni obedecen a ninguna llamada, a ninguna súplica de amor, a ninguna pasión, a

ninguna orden superior, permanecen en la memoria inefable de los allegados. El dolor de ayer revive y prolonga el dolor de hoy, dolor anónimo, sin importancia, tal vez incluso sin consecuencias políticas para intensificar las guerras. Dolor que puede ser también un detonante para nuevos combates, para venganzas resurgidas de los archivos de la historia.

Recuerdo a una madre norteamericana que perdió a su único hijo en la guerra de Irak y rechazó los títulos honoríficos que querían darle. No quería premios para su dolor, no quería trivializar su sufrimiento, no quería recompensas por la pérdida irremediable, no exigía disculpas inútiles. Hay muchos más dolores de los que imaginamos y mucha más dignidad de la que calculamos. Pero es difícil entender por qué no conseguimos transformar “las espadas en arados”, por qué necesitamos matarnos los unos a los otros para mantener la estabilidad de la economía mundial y por qué no somos capaces de superar los límites de los Estados y de las religiones.

Las trampas de la barbarie parecen crecer, provocan engaños, ocultan datos, sentimientos, emociones. La venganza, pequeña o grande, es la moneda de cambio más común. Ofendieron a mi pueblo, hablaron mal de mi padre, robaron mi coche, quemaron mi casa, criticaron mi religión. ¡Acabaré contigo, con vosotros, cabrones! Banalidad del mal, banalidad del bien. ¿O qué puede ser igualmente el bien? Las trampas que nos preparamos para vivir a flor de piel parecen ser la materia prima de muchas noticias. Hacen las “primicias”, la caza de los bandidos, el emocionante enfrentamiento a peligros, la exposición a los disparos de bandas ilegales, de la policía legal e ilegal... Todas son pandillas de niños jugando a ser buenos y malos blandiendo armas letales. ¡BUM! ¡Bum, bum, bum...! Madre, ayúdame. Madre, madre, mamá... ¿Dónde estás, madre? El clamor por la madre entrega a la tierra el último suspiro del hijo que se fue. Murió uno más... Aquel tendido en el suelo es “mi hijo”, gritó una mujer... Y aquel que mató y fue eliminado después por la policía es “el mío”, gritó otra. Todos muertos, estúpidamente muertos, matanza general. Salió en primera página y hoy el periódico estallará en ventas. Salimos en rojo porque la sangre de los marginales hace “azules” las cuentas del mes. Rojos de sangre estaban los corazones de las mujeres nostálgicas de ser madres. Los gritos pidiendo ayuda todavía resuenan en sus oídos a pesar del silencio de los muertos; continúan allí como eco pegado al tímpano, como dolor pegado a las entrañas, como llanto interior que no quiere parar. Pero eso no es nada, dicen algunos; pronto

pasará... Y el mundo no va a cambiar, pues seguimos siendo lobos los unos para los otros.

Hoy, el Estado al que se delegan poderes ya no es una fuerza en la que se confíe, sino que cada grupo e incluso cada ciudadano se siente con “derecho” a interferir en el orden público según sus instintos. Hay una farsa del bien, un hacernos creer que buscamos juntos la justicia, una apariencia de orden establecida por las armas y garantizada por los misiles escondidos. ¡La producción de armas de guerra continúa siendo nuestro beneficio y nuestra defensa! Bendita guerra que nos ayudó a vender tanto...

Ya no queremos ser discípulos/as de la solidaridad, ni de la justicia y la paz, incluso reconociendo su fragilidad. No queremos buscar el amor y el respeto al prójimo como gerentes de nuestras relaciones. Perdemos pie en el bien común en medio de tanta arbitrariedad y corrupción.

Creo que me siento un poco perdida... Necesito encender una lámpara en pleno día. Tal vez sea la vejez, que me vuelve más limitada e incrédula. Ya no veo con claridad por dónde va el camino del diálogo humano, del cuidado mutuo, del pan partido, de las ruedas y tamices acompasados, del respeto a las diferencias. Estoy cansada de la hipocresía de las políticas y de los que se atreven a hablar en nombre de su dios. Estamos embrujados por la felicidad barata del consumismo, por las sin razones de muchas creencias, por las órdenes y los desórdenes de los medios, por el oro negro, por el oro amarillo y el oro blanco que gobiernan el mundo. Y a pesar de todo... Imaginen, hoy le compré un helado a un niño de la calle que me lo pidió sonriendo: “Señora, ¿me compra un helado de chocolate?”.

Enero, 2015

(Traducido por *Desveladas*)